

HORACIO DURÁN NAVARRO



Al distinguir la obra de un sobresaliente, creo que no basta su ejercicio profesional y es de suma importancia la relación humana que el elegido supo tener con la comunidad que lo ha reconocido.

Horacio Durán es de esa especie: un enamorado del libre quehacer profesional, poseedor de un carisma poco frecuente para relacionarse con la gente sin importar su condición, edad o preparación, y un tutor, más que un profesor, que por ello decidió brindar su vida al ejercicio docente y acabó siendo un personaje único en nuestro medio.

¿Pero cómo llegó a esta situación? Desde muy joven, Horacio vivió una formación guiada por la intuición y el entusiasmo por un proyecto de vida que llenara sus expectativas. Asimismo, habría de sortear los obstáculos que la situación mundial impuso a toda su generación, y en medio de conflictos bélicos que sumieron en el caos y la preocupación a múltiples países, incluyendo a México, inició una preparación profesional que al final le aportó ese perfil humanista que lo llevó a su proyecto de vida.

Horacio igual fue intérprete de canciones rancheras, jugador de polo y fútbol americano, editorialista, escenógrafo, pintor de caballete, arquitecto, diseñador gráfico, de interiores y sobre todo diseñador industrial.

Durante un periodo de su vida en que vivió en Chile, tuvo que utilizar su placer por la música para organizar el trío de los “Huastecos

del Sur” que acompañados de su guitarra cantaban toda aquella música que en Sudamérica significaba lo que era México.

Al regresar a nuestro país, en 1941, Horacio inicia estudios en la Escuela de Chapingo en ingeniería agrícola, y al término de los cursos, sin querer obtener el título, abandona la institución y se sumerge en una preparación que lo encamina hacia el medio que realmente lo entusiasmaba.

Se forma como pintor de caballete con el maestro Jesús Guerrero Galván, y estudia teatro con el notable maestro Seki Sano, fundador del drama teatral de gran altura e introductor del método de formación actoral de Stanislavski y el de dirección y montaje de Meyerhold, que revolucionaron el teatro en México.

Como el mismo Durán lo ha confesado, su verdadera intención era hacer escenografía, ya que la actuación simplemente no se le dio, pero tampoco se le dieron las oportunidades como escenógrafo, que ejerció junto a Lola Álvarez Bravo, o el diseño de vestuario que realizó para la coreógrafa Woldine, por lo que siguió su camino en la búsqueda de su futuro profesional.

Hacia finales de 1949 se une a colaborar en la revista *Espacios*, de arquitectura y bajo la guía de su director el arquitecto Guillermo Rosell de la Lama experimenta como diseñador de algunas de las primeras exposiciones institucionales en México, dentro del desaparecido Estadio Nacional de la Ciudad de México.

El momento propicio para orientar en definitiva su futuro lo encontró al observar los magníficos muebles de Clara Porset, pionera del diseño de mobiliario en México a partir de 1940, y proponerse a emular su trabajo. Los muebles de Clara eran perfectos para él por su diseño, su manufactura y el estilo que siguió al inspirarse en la rica cultura mexicana.

Para un hombre como Durán, acostumbrado a construir su educación sin respetar fronteras, sólo le bastó el entusiasmo para iniciar un acercamiento con el diseño y lograr en poco tiempo un trabajo profesional que lo llevó a desarrollar una gran cantidad de proyectos, en un

mobiliario que de inmediato destacó en el medio de la arquitectura y el diseño de interiores.

Una característica en sus proyectos fue un estilo con sabor a lo “mexicano”, basado en el uso de maderas de gran calidad y tejidos artesanales aplicados a asientos y respaldos de sillas. No obstante, al paso del tiempo fue penetrando en el todavía mundo joven del diseño industrial, e incursionó en el desarrollo de diversos productos que iban desde el diseño de envases y etiquetas para perfumes, hasta el diseño de la carrocería para un auto deportivo que los inversionistas pretendían construir en Ciudad Sahagún, conocida zona industrial en el estado de Hidalgo.

En los muebles incorporó nuevos materiales y procesos industriales como el plástico y los metales, y carcasas moldeadas acordes con las tendencias internacionales que imperaban en su momento, iniciando así los prolegómenos de una nueva profesión.

El ejercicio con los muebles lo llevó naturalmente al diseño de interiores, donde se afirmó como un especialista reconocido, al ir más allá del diseño de muebles y sufrir —como lo ha confesado— por su mala costumbre de no poder decir nunca NO a lo que le solicitaban sus clientes. Cada nuevo reto lo sumergía en una investigación frenética que acababa por hacerlo un especialista en el diseño de tapices, celosías, vitrales, lámparas y todo aquello que requiriera el proyecto y el gusto de sus clientes.

Su talento natural se vio cada vez más enriquecido, el universo de trabajo fue cada vez más vasto, y ante la demanda de los clientes que confiaban en su profesionalismo, inició por último una labor en el diseño arquitectónico que acabó por cerrar su círculo de habilidades, esas habilidades aprovechadas de manera inteligente y creativa por un Horacio Durán autodidacta, para forjarse una reputación que lo mantuvo en la profesión a lo largo de más de cuatro décadas.

Durante varios años trabaja en sociedad con su hermano Rubén Durán, también especialista en diseño de interiores, y con el arquitecto

Manuel Rocha mantiene una mancuerna de trabajo que duró décadas y en donde se encarga del diseño de los interiores y el mobiliario en cada una de las obras de este conocido arquitecto que siempre confió en su talento para obtener el diseño de los muebles y la ambientación de los interiores de cada uno de sus proyectos.

Toda esta actividad ubicó a Horacio Durán en una cómoda situación profesional, pero su hambre de conocimiento y experiencias sin freno, lo llevaron a lo que acabaría de darle sentido a su vida: la educación en el diseño.

Acostumbrado a formarse sin cortapisas, y a no atarse a una educación formal, Horacio acude a Robin Bond, exprofesor de la escuela Summer Hill, a quien conoce en 1955 ya radicado en México, y estudia con él: composición, pintura, psicología del arte y pedagogía al actuar con él como su ayudante.

En 1959, la Universidad Iberoamericana funda por primera vez en México, cursos a nivel técnico de diseño industrial, y lo convocan para integrar el programa académico e impartir clases, con lo que inicia su participación en el campo académico que a partir de entonces nunca habría de abandonar.

Durante 1963 se retira de esta universidad al no satisfacer sus expectativas y se integra al poco tiempo a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), primero en la Escuela Nacional de Artes Plásticas y posteriormente a la Escuela Nacional de Arquitectura impartiendo clases sobre diseño básico.

Al mismo tiempo, emprende una tarea que lo marcará para el resto de su vida, ya que utilizará los próximos años en preparar un plan de estudios para la carrera de diseño industrial, que con la aprobación del rector Javier Barros Sierra, presentará a las autoridades de la Escuela Nacional de Arquitectura.

En 1969, por fin es aprobado el nuevo programa académico y Horacio Durán funda los estudios sobre diseño industrial basándose en un magnífico cuerpo de profesores amigos suyos, todos ellos

destacados profesionales, como José Luis Felguerez, Clara Porset, Jas Reuter, Salvador Toussaint, Jack Seligson, Julio César Margain, Ulrich Scharer, entre varios más, así como aquellos jóvenes arquitectos becados para estudiar un posgrado en diseño industrial en Londres, Inglaterra —Mario Lazo, Antonio Ortiz y Ernesto Velasco— que al regresar condujeron el taller de ejercicios proyectuales en sus distintos niveles.

Durán dirigió esta institución durante los primeros seis años y le imprimió una identidad que no ha perdido hasta hoy. Su constante preocupación para lograr el equilibrio deseado en una escuela de diseño industrial que igual se nutre de la tecnología que de las humanidades por ser el puente necesario para incubar todos aquellos objetos que son parte de una mejor calidad de vida, lo llevaron siempre a infundir en alumnos y profesores la búsqueda de la satisfacción por el lado humano y el reconocimiento a la agradable universalidad que una institución como la UNAM ofrece como ninguna otra en México.

Su relación con la comunidad, ejercida con mano suave, pero decisiones firmes le valieron un respeto que ha conservado a través de los años, y una presencia moral que se extiende a todo aquel que tiene contacto con su vida.

En 1980, la carrera de diseño industrial y la Dirección de la Escuela Nacional de Arquitectura, deciden desarrollar el programa de posgrado y Horacio colabora en la fundación de la especialización y la maestría en diseño industrial, para al fin en 1983, asumir la Coordinación del Posgrado, puesto que conservará hasta 1999.

Durante este tiempo, desarrolla una labor que influye en la construcción de los que hoy son los estudios de diseño industrial de alto nivel más destacados no sólo en México sino en toda América Latina, y continúa con su gusto por la docencia.

Hoy, es posible hablar de un Horacio Durán en la plenitud de su vida. Un profesional que puede ser catalogado como el fundador de la profesión de diseño industrial en México, que igual abordó retos

inusuales en aquellos tiempos como el diseño de un automóvil, o el serio compromiso de dirigir proyectos de arquitectura para al fin ser reconocido por los propios arquitectos que lo incorporan como docente en la UNAM.

Horacio Durán. Un hombre de perfil universal que ha sido dueño de la cada vez más extraña capacidad de integración de *los diseños* en su labor profesional.

Un hombre que supo darle al diseño industrial en México, el balance necesario entre un oficio basado en la tecnología y una responsabilidad profesional guiada por ese humanismo que siempre ha definido su trayectoria.

Oscar Salinas Flores